

Julio Ortega

LA COMEDIA LITERARIA

MEMORIA GLOBAL DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

I

Los escritores se dividen entre los que conocieron la imprenta y los que fueron ignorados por ella. Unos son los hijos del Libro; los otros, de las tribus que se pierden en una página de la Biblia.

Gabriel García Márquez debe haberse teñido las manos con las galeradas de las pruebas de imprenta frescas del diario de la mañana. Si solo se debiese al mentidero de los periodistas trasnochados, no hubiera sido el escritor que fue.

En las galeradas de la traducción al inglés de *Rayuela*, Gregory Rabassa, su traductor, encontró, según me contó, una errata: donde Greg tradujo, en inglés, que el sol parecía un huevo amarillo, el linotipista había escrito que parecía un huevo frito. Cortázar exclamó: «¡Es mucho mejor, dejémoslo así!»

Borges recordaba el olor a la tinta de imprenta de su tiempo, pero el linotipo olía a plomo caliente. Por eso, los sindicatos habían conseguido para los linotipistas un litro de leche al día para combatir la contaminación letal de plomo.

Onorio Ferrero, un profesor italiano que había formado parte de la resistencia antifascista, nos asignó ese año de 1961 la antología de poesía trovadoresca de Martín de Riquer, editada en Barcelona. Su curso en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica estaría dedicado a los trovadores y los fieles de amor. Onorio Ferrero de Gubernatis y Ventimiglia (1908-1989) era un erudito en filosofía presocrática y metafísica, y dictaba su cátedra en un extraordinario monólogo, pleno de detalles, hipótesis y recuentos, nunca interrumpido por una pregunta. A Onorio le debo el siglo XII, que él culminaba en Dante y Petrarca. Fue entonces que vi el Aleph en un poema de Arnaut Daniel.

Luis Jaime Cisneros nos había revelado la existencia del Aleph en el primer día de clases de su curso iniciático sobre Lenguaje. Todas las promociones de estudiantes de la Católica pasaron por el mismo ritual: Luis Jaime nos leía el párrafo de «El Aleph» donde el narrador, un tal Borges, descubre «el inconcebible universo» en la simultaneidad asombrosa, gracias a la primera letra del alfabeto y la primera sílaba de la creación.

Me conmovió tanto el párrafo que, de súbito, creí que estaba solo en ese auditorio de cien alumnos y que Luis Jaime leía para mí:

Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó, vi en un traspatio de la calle Soler las mismas baldosas que hace treinta años vi en el zaguán de una casa en Fray Bentos, vi racimos, nieve, tabaco, vetas de metal, vapor de agua, vi convexos desiertos ecuatoriales y cada uno de sus granos de arena, vi en Inverness a una mujer que no olvidaré, vi la violenta cabellera, el altivo cuerpo, vi un cáncer en el pecho, vi un círculo de tierra seca en una vereda, donde antes hubo un árbol, vi en una quinta de Adrogué un ejemplar de la primera versión inglesa de Plinio, la de Philemon Holland, vi a un tiempo cada letra de cada página (de chico, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran en el decurso de la noche), vi la noche y el día contemporáneo...

No sabía yo que la lengua española diera para tanto. Sabía, eso sí, que sustituía este mundo por cualquier otro, como demostraba el *Quijote*, el único libro cuya primera lectura es la matriz de todas las siguientes. También sabía que un poeta debía refutar la realidad doméstica que el castellano perpetuaba y que César Vallejo era nuestra verdadera retórica hispanoamericana: las palabras servían para hacer otra cosa, para decir una cosa por otra, para que la poesía nos restituya. Con el club de amigos del colegio San Pedro habíamos leído a Vallejo en voz alta, como un conjuro. Y nos llamábamos unos a otros «hermano Vallejo». «¿Qué hubo, hermano Vallejo?», saludaba uno; «Hoy no ha venido nadie, hermano Vallejo», respondía el otro. Las palabras servían tan poco que nos negamos a darle nombre al grupo. Los lectores de Vallejo sabíamos que el dolor moral, el de la injusticia y la culpa, el del «hoy sufro solamente», era mayor que cualquier pedagogía aleccionadora. Sabíamos, además, que para ser poeta uno debía sufrir mucho, lo que no era difícil con un poco de suerte; que había que vivir en París, como todos los poetas hambrientos; y que había que tener a su madre muerta, lo que resultaba algo más complicado. Mirábamos a mamá con impaciencia.

Además de Onorio Ferrero y Luis Jaime Cisneros (Lima, 1921-2011), el otro maestro memorable para esta biografía de la lectura fue Armando Zubizarreta, quien acababa de volver a Lima luego de hacer el doctorado en Salamanca donde había descubierto el Diario de Unamuno, que editó. Si Ferrero venía desde la metafísica y el orientalismo, y Cisneros de la lingüística y la gramática histórica, Armando provenía

de la estilística y la antropología filosófica. Los tres, sin embargo, compartían la filología. Onorio fue autor de unos opúsculos que seguramente revelaban su cultivo de René Guenon, al que leíamos inspirados por su impecable crítica del «reino de la cantidad» y su sobria familiaridad con lo trascendental. No me sorprendió, pero sí me admiró, que Onorio dedicara sus últimos años a la traducción del *Tao Te Ching*. Empezaba él considerando el dilema de traducir el término Tao y, luego de descartar varias versiones didácticas, decidió darlo por intraducible y suficiente:

*El Tao llamado Tao
no es el Tao eterno.
El nombre que puede ser nombrado
no es el verdadero nombre.
El principio del cielo y de la tierra
no tiene nombre.
Con nombre es la madre
de los diez mil seres.
Por eso, aquel que se libera de deseos
contempla la secreta perfección.
Aquel que se llena de deseos
contempla solamente sus fronteras.
Los dos nacieron juntos,
pero llevan distintos nombres.
Juntos, se llaman el misterio.
Misterio más profundo del misterio
y son la puerta de toda maravilla.*

Me doy cuenta de que el informe de Borges y la traducción de Ferrero son parte de una figura en progresión: la lectura como entendimiento y deslumbramiento. Onorio fue capaz de leer las tres O en su nombre como los ceros que nos habitan, distintos y complementarios, cada cual gracias al otro. Tampoco es casual que Borges situara su revelación en el sótano de una casa que iba a ser destruida por el horror de la ciudad modernizada, en manos de una sociedad de comerciantes donde la literatura se ha hecho ornamental. Onorio Ferrero, luego de su visita a algunos maestros tántricos en el Tíbet, escribió que el peregrinaje le permitiría «confrontar a los hombres a los cuales ha tocado en suerte vivir en la mediocridad y vulgaridad de nuestros tiempos». Petrarca ya entonces lamentaba los malos tiempos que le había tocado. Hoy creo entender que estos maestros tenían en común el amor a las palabras, que restituía los textos antiguos recuperándolos del fuego de la historia, proponiéndonos un orden del mundo en la conversación.

Fue bajo esos asombros que escribí mis primeros poemas, en las horas muertas de unas tardes perdidas en la oficina de una revista cuyo nombre, felizmente, he olvidado. El director era un tipo pequeño, castigado y soez, que gustaba hacer chistes gruesos, y no entendía que yo me quedara solo, escribiendo. Le llevé mis poemas a Armando, quien para mi sorpresa los aprobó. A los pocos días me los devolvió con un prólogo presidido por un latinismo: *Ex abundantia cordis*. Yo ya empezaba con una cita de Al-Mutanabi: «Y en mi corazón discurren el tigre y la mansedumbre», e imaginaba. Y pensaba que mis amigos poetas, a favor del tiempo coloquial, Javier Heraud, Antonio Cisneros, Luis Hernández, no estarían cómodos con mi despliegue de alusiones filológicas. Javier citaba a Antonio Machado, Toño a Brecht, Lucho a Juan Ramón Jiménez. *De este reino*, un título no menos libresco, apareció en el otoño de 1964 en la pequeña imprenta que Henry Pease había montado en el garaje de su casa, y arropado por el sello de La Rama Florida, la exquisita editorial del poeta Javier Sologuren. Para sorpresa de todos mis amigos, tuvo una recepción favorable. Hasta José Miguel Oviedo, que era el crítico más escéptico y polémico, escribió una simpática reseña en *El Comercio*, y Alberto Escobar terminó con unos poemas de ese librito su *Antología de la poesía peruana*.

Ese mismo año, Luis Jaime Cisneros sugirió mi nombre para escribir una monografía sobre José María Eguren, el gran poeta simbolista, al que Vallejo admiraba y a quien nosotros leíamos sílaba por sílaba. Me parece que Lucho Hernández sabía poemas enteros de Eguren, cuya poesía era a la vez visionaria y minimalista. No sabiendo qué hacer, leí todo lo que había sobre su obra, y me sorprendió la escasez de lecturas serias y la poca noticia sobre su vida. Se decía que el poeta había cultivado a una dama ecuatoriana que se dejó admirar de cerca. Se llamaba Isabel de Jaramillo y firmaba como Isajara sus acuarelas de paisajes líricos. Eguren le había escrito un poema, «La dama i», una audacia suya que se evocaba en voz baja. Pero como suele ocurrir en Lima, profusamente autorreferencial, resulta que la mujer de Michele Grau, que era hijo de un pintor truculento y abstracto, trabajaba para Isajara como dama de compañía, y me agenciaron una cita con la musa en su mínimo piso. Fue la primera de las varias musas y viudas que me tocó conocer, entre ellas Georgette de Vallejo, de quien diré algo luego. Son, claro, una rama memoriosa de la filología.

Isajara me recibió en su salita de té, sentada en una silla oval de mimbre, cubierta por un chal gris. Era menuda, lánguida y distinguida, y tenía la mirada de pronto animada por una ironía leve. Me mostró uno a uno los objetos que el poeta había construido para ella. Recuerdo una torre de juguete, una caja de espejos, unas fotos en miniatura tomadas con una cámara mínima con la que el poeta persiguió imágenes fugaces, y también una colección de cartas, recortes, folletos y noticias sobre sus exhibiciones. Ella frecuentaba la Peña Pancho Fierro, un cenáculo artístico que llevaron

las hermanas Celia Bustamante, la primera esposa de José María Arguedas, y Alicia Bustamante, coleccionista de artesanía popular. En su *Entrada en el Perú* la puertorriqueña Concha Meléndez hace un vívido retrato de la Peña y del humor irónico que prodigaban César Moro y Emilio Adolfo Westphalen. En esos años, Westphalen y José María Arguedas preferían la poesía de Eguren a la de Vallejo. Es probable que Vallejo también.

De pronto, Isajara me dijo: «Sabrá usted que Keats murió a consecuencia de una reseña terrible sobre su obra. A Eguren le pasó otro tanto». Me contó que cuando Eguren leyó el libro que Estuardo Núñez había escrito sobre su poesía, se descompuso, cayó en cama, y murió. Núñez fue un historiador de la literatura nacional, autor de una saga de volúmenes sobre viajeros en el Perú, y compañero de Martín Adán y Emilio Adolfo Westphalen en el colegio alemán Alexander von Humboldt. Vivió más de cien años, y la verdad es que era un hombre bueno y laborioso que no merecía cargar con la muerte de Eguren. Yo le tenía un poco de apuro, porque cada vez que coincidíamos me hacía la misma pregunta: «Julio, ¿y cuál es el estado actual de la literatura latinoamericana?»

No conté la ironía de Isajara en mi trabajo sobre Eguren, hecho para la serie «Hombres del Perú» que publicó la Editorial Universitaria. Entregué el texto y fui convocado a la sesión del comité en casa del editor, Hernán Alva Orlandini, donde para mi alarma me enteré de que Luis Jaime Cisneros leería mi trabajo a la concurrencia. Luis Jaime leyó como sabía hacerlo, con fluidez y precisión, como si el texto estuviese ya siendo editado por él. Había algo teatral en su voz, lo que le daba a cualquier texto una fácil verosimilitud. Yo había propuesto una lectura de la poesía de Eguren como visionaria, incluso mística, y Luis Jaime, que era ducho en las varias normas de la intimidad coloquial, me dijo, en un aparte: «Estoy de acuerdo con todo lo que dices, y está muy bien escrito. Solo tengo reservas con el tema místico. Pero eres libre de sostenerlo». A raíz de ello, hice menos místico al poeta; después de todo, era un simbolista cuyo linaje poético estaba en los países nórdicos, y es verdad que Eguren no requería del conocimiento epifánico, le bastaba con extender la mano. Borges lo tenía por uno de los grandes poetas, y aunque no se lo pregunté, no dudo que lo prefería a Vallejo. Eguren había contemplado con más intimidad su propio Aleph y se pasó la vida forjando instrumentos—incluso una máquina fotográfica de miniatura— para hacerlo visible. Eguren es de los poetas que más delicadamente descubrió el mundo.

Año ese de gracia, fui con Antonio Cisneros a la Ciudad Universitaria de San Marcos para regalar a los amigos nuestros libros; yo mi primer libro de poemas, Toño su *Comentarios reales*, que bajo la lección de Brecht jugaba con el título del Inca Garcilaso de la Vega, que remite a historias de reyes, mientras el poeta remitía